

Actividad consciente y pasividad funcional en la evangelización

«Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del Reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mateo 9: 35, RV95).

Se reconoce y acepta que la iglesia establecida por Cristo es un movimiento. Jesús les dijo a sus discípulos: *«Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»* (Mat. 28 :19, NVI).

Mediante esta orden de marcha, los discípulos, a través de una actividad consciente, debían llevar las buenas nuevas del Salvador a todas las naciones entonces conocidas. Así fue como la fe cristiana se estableció en la mayoría de los países del Antiguo Oriente Próximo y del Medio Oriente, en muy poco tiempo.

Incluso hoy, el cristianismo quiere ser un movimiento activo. En efecto, el mandato de hacer discípulos permanece para todos los cristianos, porque está ligado a la promesa escatológica: *«Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo»* (Mat. 28: 20, NVI).

Estar en movimiento como cristiano requiere cierta conciencia de la disciplina de Cristo. Para ello, los cuatro evangelios ofrecen una descripción exhaustiva de la práctica de Cristo.

En Mateo 9: 35-38, encontramos nada menos que seis elementos de la dirección de Cristo para iniciar y mantener eficazmente su actividad en movimiento. Estos elementos se presentan en este pasaje mediante verbos de acción (caminar, enseñar, predicar, curar, contar y orar), que reflejan el ca-

rácter cinético de su obra, y que sus seguidores deberían replicar posteriormente.

Así, leemos en el versículo 35, que *«recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del Reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo»* (RV95).

Observemos que, en este punto de la narración, Cristo hace una pausa en su avance, indispensable para completar su proceso evangélico. En el versículo 36, leemos: *«al ver a las multitudes tuvo compasión de ellas»* (RV95). Aquí, el movimiento parece suspendido. Jesús ya no es activo, sino que se vuelve pasivo. Sin embargo, esta pasividad jugará un papel determinante en la continuación de los acontecimientos, y adquirirá un carácter funcional en el proceso evangélico. Esta pasividad, que podemos calificar como «funcional», llevará a Cristo a restaurar su actividad en los versículos 37 y 38 donde leemos: *«Entonces dijo a sus discípulos [...] rogad pues al Señor...»* (RV95).

El método de Cristo combina la pasividad funcional con la actividad consciente. Estas etapas, que se alternan, permiten al discípulo identificar y evaluar las necesidades de la misión, hacer un balance de sus motivaciones personales y ver las soluciones disponibles para él. En la pasividad funcional, el discípulo de Cristo verá a la multitud, se conmovirá con la compasión; y entonces su actividad consciente será orar al Señor de la mies.

Anónimo